



50 años de la Campaña de Alfabetización

GÉNERO: TESTIMONIO

TÍTULO: 50 Años Después.

AUTORA: Lic. Bella Nieve Ledea Brizuela

Jiguaní 25 de Febrero del 2011

“Año 53 de la Revolución”

DATOS DEL AUTOR

Lic. Bella Nieves Ledea Brizuela
Alfabetizadora piloto de la Ciénaga de Zapata.

Genero. Testimonio

Título. **50 Años Después.**

Jiguaní - Granma

Dirección particular. Avellaneda No. 53

Teléfono : 0152696771

Jiguaní - Granma

CI: 40081406079

Introducción

La gran campaña de alfabetización no la podemos ver enmarcada solamente en el año 1961, sino que ya su semilla estaba en el programa del Moncada cuando Fidel Castro Ruz plantea ante el tribunal que lo juzgaba en 1953 los problemas que aquejaban al pueblo de Cuba: el problema del desempleo de la Educación y el problema de la Salud del pueblo.

La Educación, uno de estos males, fue una gran preocupación para los jefes del Ejército Rebelde que en plena Sierra Maestra , enfrascado en derrotar la tiranía, que era el objetivo fundamental , no perdieron un minuto en enseñar a leer y a escribir a los soldados que se incorporaban a la guerrilla, al igual que a los hijos de campesinos, se crearon escuelas, incluso como ejemplo palpable, en el 2do Frente Oriental “Frank País” se creó un departamento de Educación por le Comandante Raúl Castro y dirigido por Asela de los Santos , se puso en vigor la Orden Militar # 50 que permitió todos los beneficios de la Educación. No podemos dejar de mencionar al Che, que fue el primero en organizar su tropa para enseñarlos a leer y a escribir y creó la primera escuela en la zona, El Hombrito.

Al triunfo revolucionario en 1959 se continúa con todo un gran trabajo encaminado al desarrollo educacional del pueblo, en enero del 1959 se les hace un llamado a los dirigentes de los Colegios de Maestros Profesionales para pedirles su colaboración en las tareas de alfabetización e instrucción a los campesinos y el 2 de febrero parte el primer grupo hacia Guayabal de Nagua en la Sierra, hoy municipio de Bartolomé Masó.

El 11 de febrero Raúl inauguró el curso de la Alfabetización en Columbia, hoy Ciudad Libertad, comenzando el 12 de febrero de 1959 las clases en todos los campamentos militares del país.

En agosto de 1959 se desarrolló el 1er Congreso de Educación Rural donde Fidel plantea la necesidad de que los maestros que estaban sin aula se incorporen a alfabetizar en las

zonas rurales y que por la situación económica del país proponía que de 5000 aulas abiertas, con ese mismo recurso se le diera trabajo a 100 000 maestros, es decir, el doble. En 1960 se hace un llamado a todos los jóvenes que querían ayudar a la Revolución en el campo de la Educación, Fidel los convoca a que si estaban dispuestos debían de quedarse donde se les nombrara y el 29 de Agosto de 1960 se gradúan los primeros 1400 maestros que recibieron el nombre de Maestros Voluntarios. Fueron ubicados en los lugares más intrincados del país.

Como se puede apreciar el país fue dando pasos firmes desde la etapa insurreccional en pos de desarrollar la cultura del pueblo, fundamentalmente en los lugares más apartados del país.

El 26 de septiembre de 1960 Fidel Castro anuncia en la Asamblea General de la ONU. que Cuba erradicaría el analfabetismo en un año y que para lograrlo se estaban preparando las organizaciones, de maestros estudiantes, trabajadores y todo un pueblo; que sería una gran campaña convirtiéndose en el primer país de América que a la vuelta de unos meses no tendría un solo analfabeto.

Para librar esta epopeya se crea el 3 de octubre de 1960 la Comisión Nacional de la Alfabetización integrada por todas las organizaciones de masas, revolucionarias, estudiantiles, políticas y militares, la dirigía el Ministro de Educación y como coordinador nacional se nombró al compañero Mario Díaz Hernández.

El 31 de diciembre de 1960 Fidel se reúne en ciudad Libertad con 10 000 maestros de todo el país para esperar el nuevo año, llamándosele “Año de la Educación”. En esa cena el Comandante les explica a los maestros como se va a desarrollar la gran campaña.

El 28 de enero de 1961 cuando se convertía el Cuartel de Santa Clara en escuela, Fidel hace el llamado a la juventud cubana para que se integren a la campaña de alfabetización y entre otras cuestiones planteó: “Para eso los necesitamos a ustedes, sobre todo a los

estudiantes, vamos a reclutar un ejército de cien mil alfabetizadores entre los estudiantes de trece años en adelante”.

Se programó la terminación del curso escolar para el 15 de Abril e inmediatamente todos los jóvenes inscritos irían a pasar un curso a Varadero y en Mayo saldrían para todos los rincones del país, llevarían uniforme, mochila, hamaca, un farol chino, cartilla y el manual para las clases.

Se hizo la convocatoria a los estudiantes de las escuelas Normales de Maestro, a los Institutos de la Segunda Enseñanza y Secundarias Básicas, este movimiento tuvo un profundo espíritu revolucionario, los que integraban la Asociación de Jóvenes Rebeldes (AJR) irían a los lugares más intrincados del país; en Brigadas Pilotos que tenían la misión de:

- Alfabetizar
- Resolver problemas de las zonas.
- Adquirir experiencia del medio ambiente para apoyar el trabajo de los alfabetizadores

Este primer grupo salió el 20 de Marzo a cumplir la misión.

El 15 de abril llegaron los primeros Brigadistas Conrado Benítez al campamento de Varadero para recibir las instrucciones y en los primeros días de mayo partirían hacia todos los rincones del país. La invasión de Girón y los asesinatos de alfabetizadores, maestros y campesinos no detuvieron a este ejército que tenía una sola consigna ¡Alfabetizar! No podemos dejar de mencionar el trabajo desarrollado por los “Alfabetizadores Populares” y por las Brigadas de Obreros “Patria o Muerte”.

... Y así esta campaña que se inició en la Sierra Maestra, culminó en la Plaza de la Revolución el 22 de diciembre de 1961 cuando se izó la bandera de “Cuba Territorio Libre

de Analfabetismo” y el Comandante en Jefe anunció que se había reducido el analfabetismo al 3,9%, cifra permisible en el mundo, y que Cuba había cumplido el compromiso anunciado en la ONU y a la vez se acababa con uno de los males que afectaban al pueblo, plasmado en la “Historia me Absolverá”.

Testimonio

Me encontraba estudiando en la Escuela Normal para maestro de La Habana cuando el Comandante en Jefe hizo el llamado para que los estudiantes que se sintieran revolucionarios se inscribieran a las Brigadas Pilotos de Alfabetizadores; yo era la Secretaria General de la Asociación de Jóvenes Rebeldes del aula y fui la primera en la lista.

Armando Hart, Ministro de Educación, nos informó que iríamos a los lugares más intrincados y nos explicó el objetivo del trabajo; nos entregaron un uniforme de milicia, una mochila, una hamaca, la cartilla y el manual. El 20 de marzo de 1961, listos para partir, nos reunimos en Ciudad Libertad y se nos informó al subir al ómnibus que íbamos para la Ciénega de Zapata. Yo pregunté: *“¿Oiga, compañero, si allí no hay personas, a quién vamos a alfabetizar, a los cocodrilos? Pues mi maestra me dijo que en ese lugar no vivían personas.”* Aquello fue motivo de risa y entonces el compañero nos explicó cómo vivían los campesinos en aquella apartada zona; lo cual comprobamos al llegar allí.

Llegamos a la Boca de la Laguna del Tesoro, donde fuimos recibidos por un enjambre de mosquitos y jejenes, que apenas nos dejaron comer. En este lugar nos distribuyeron por grupos; y a mí, junto a nueve compañeros más, nos tocó Playa Girón.

Dormimos en un lugar conocido por Playa La Máquina, en una casa de vara en tierra, rodeada por dientes de perro, mar y ciénaga. Nos acompañaron mosquitos y jejenes, que se mantuvieron junto a nosotros durante toda la campaña: ¡ah!, y se nos unieron hermosos cangrejos.

Dormimos en el suelo, pues no teníamos condiciones para amarrar las hamacas y como las plagas no nos dejaban conciliar el sueño, hicimos cuentos, cantamos, y nos dimos un buen baño a media noche. Al amanecer teníamos a nuestra vista el espectro solar y la

Bahía de Cochinos con su forma de bolsa (que sólo la conocíamos por el mapa), unos árboles y escasa vegetación. Emprendimos el camino hacia Playa Girón por el terraplén (se estaba construyendo la carretera Circuito Sur). Al llegar a la playa encontramos escasos bohíos en muy malas condiciones y un centro turístico que se estaba construyendo. En este lugar me asignaron el cuartón El Helechal y, además, la responsabilidad de ayudar a alfabetizar a los obreros que se encontraban construyendo el centro turístico.

Cuartón El Helechal

No se veían las casas y yo le decía al responsable que por ahí no vivía nadie, pero caminamos por un terraplén y entre los árboles de soplillo estaba mi futuro hogar, una casita de vara en tierra, cobijada de palma cana sin puertas ni ventanas, que en su interior tenía unos cuantos troncos en señal de haber sido construida recientemente.

Me recibieron la señora de la casa, su esposo y los cinco hijos. El responsable les dijo: *“Aquí les traigo una hija más, que además de dar clases les ayudará en todo lo de la casa”*. Se me hizo un nudo en la garganta, hasta ese momento no había pensado en mi nueva vida. Pero al quedarme sola con aquella familia fue cuando empezó de verdad mi nostalgia. Tropecé con un tronco y ahí comenzó el llanto, ¡qué sentimiento tan grande! Los niños me miraban con lástima y eso me dio valor para reflexionar y pensé que la tarea que se me había dado era de Patria o Muerte y tenía que cumplirla con alegría y amor.

Los niños se acercaron y me dijeron: *“Maestra, no llore, nosotros nos vamos aportar bien.”* Los miré y qué feliz me sentí, nunca me habían dicho maestra; el corazón me latió fuerte y me dije: *no voy a llorar más.*

Cuando pregunté dónde estaba el baño, una niña me llevó al monte y me dijo: “*En ese matojo nadie la ve.*” Al entrar, lo primero que me salió fue un cangrejo. Se me quitaron los deseos, la niña se dio cuenta y me dijo que no hacían nada, que no les hiciera caso.

Una tarde me estaba bañando entre unos matorrales, siempre mirando de un lado a otro para que nadie me viera, pero cuando fui a coger la toalla sentí que me la halaban. Pensé que era la niña que siempre andaba conmigo y le dije: “*muchacha, suelta la toalla que me voy a secar!*”. Ella me respondió desde la casa “*maestra, yo estoy por acá.*” “*Pues corre que la toalla está enredada en una mata*” y me dijo: “*Maestra, un majá la tiene envuelta y se la lleva.*” “*¡Ay Dios mío! ¡Auxilio! ¡Ayúdenme, pero no me miren! ¡Ay, viene detrás de mí!*”. Nunca los había visto tan grandes. Por la noche soñé que uno me llevaba y comencé a dar gritos.

En este lugar le daba clases al matrimonio, que se dedicaba a hacer carbón; a ella la enseñaba en horas de la mañana y a él, por el mediodía, cuando venía un rato del horno. Algunas veces me iba con él, le ayudaba a coger los boquetes al horno o le acomodaba la leña para armar el otro, mientras él iba leyendo en la cartilla o haciendo la tarea que le ponía.

Cuando daba clases de noche, se hacía una fogata de estiércol o hierba verde para que el humo alejara las plagas y me dejara trabajar. El agua, de lo salobre que era, apenas me la podía tomar. Creo que fui la alfabetizadora que más sulfaguanidina tomé, (unas tabletas que había para la diarrea). El jefe nuestro, Francisco Labrada, me decía: “*oiga compañera, con su cantaíto oriental me está acabando las tabletas de la brigada*”. Creo que llegué a pesar 80 ó 90 libras; pero me mantuve firme en esta casa ayudando en todas las tareas.

Invasión Mercenaria a Playa Girón

Me encontraba en Girón el 16 de abril, era domingo. Fidel, al despedir el duelo de los caídos en los bombardeos a los aeropuertos de Santiago de Cuba, Ciudad Libertad y San Antonio de los Baños, declaró a Cuba Socialista. Nosotros apoyamos esa declaración y dimos un acto dando vivas a la Revolución y diciendo consignas. Al terminar el acto me fui para El Helechal y a media noche sentimos los cañones. Creíamos que era la milicia practicando, pues estábamos a ocho kilómetros de Girón, pero por la madrugada nos mandaron a salir porque venían refuerzos. El señor de la casa se asomó por un agujero y dijo en voz baja: “*son unos guaravetiaos*”, (por los uniformes). Salimos para ver qué pasaba y allí nos reunimos con alrededor de quince personas. Al amanecer del 17, como a las ocho de la mañana, comenzaron a pasar aviones con la inscripción FAR, una estrella y una raya azul que atravesaba el avión. Comenzamos a dar vivas pues creíamos que eran nuestros, pero empezaron a tirar paracaídas (que sólo los había visto en películas), unos con soldados y otros con cajas. Rápidamente nos dimos cuenta de que algo extraño estaba pasando; un campesino buscó un radio de pila y al encenderlo nos asombró que sólo decía: “*arriba mis verdes, ya estamos venciendo, ya Oriente es nuestro, falta La Habana y el barbudo.*” Un compañero planteó hacer trincheras llenando sacos de tierra y poniéndolos a la orilla de la carretera para apoyar a las milicias. En eso vimos por el terraplén unos tanques y comenzamos de nuevo a dar vivas a la Revolución y a Fidel; pero cuando se acercó, nos dimos cuenta de que traían la raya azul. Enfilaron el cañón hacia arriba y empezaron a disparar para atemorizarnos. Emprendimos carrera por todos aquellos dientes de perro (dicen que corrimos cinco kilómetros) hasta llegar a unas casimbas (cuevas entre dientes de perro).

El 18 por la mañana los aviones volaban tan bajo que casi topaban las copas de los árboles; uno de ellos (con la raya azul) pasó envuelto en llamas. Creíamos que nos caería encima, pero lloramos de alegría porque sabíamos que era un avión enemigo. Otros dos ametrallaron tan bajito que las ramas de los árboles cayeron sobre nosotros. Yo empecé a gritar: ¡*“ay me mataron, me mataron; soy de Jiguaní, entiérrenme allá!”*. Un campesino me dijo: *“maestra, los muertos no hablan”*, y se rieron de mi alboroto, pues me había caído un palo en la espalda. .

El 19 por la tarde se sintió una explosión tan grande que hasta las piedras se movieron. Dije: *“Ay, misericordia, un temblor de tierra”* (así decía mi mamá cuando temblaba la tierra). Un viejo sabio, como yo le decía, me dijo: *“No, eso es un barco grande que se hundió; esa explosión es en el mar”*. Y, efectivamente, después nos enteramos de que el barco que traía los pertrechos de guerra y la emisora fue hundido por los aviones cubanos.

Toda la noche del 19 sentimos ruidos de mercenarios corriendo por entre aquellos dientes de perros. Permanecimos en silencio pues traían armas y allí había muchos niños.

Pero qué sorpresa cuando se puso el radio bajito y escuchamos la emisora Radio Progreso dando el parte del Comandante en Jefe, diciendo que la invasión había sido derrotada, mientras como fondo se escuchaba la marcha del Himno del Guerrillero. Nos abrazamos llorando y diciendo: *“Fidel, sabíamos que no nos ibas a abandonar”*. Entonces fue que supimos que había sido una invasión.

El día 20 por la mañana, al salir del monte, me encontré con jóvenes de 14 a 20 años montados en los tanques y con sus ametralladoras 50. Me abracé a ellos llorando y me dijeron todo lo que había sucedido y de los asesinatos que habían cometido los mercenarios, pero que la invasión había sido derrotada.

Me llevaron a Jagüey Grande donde me atendieron y allí me informo que Patria había sido prisionera de los mercenarios que estaba mal de los nervios y que Mariano Mustelier el

miliciano que estaba haciendo guardia lo mató un mortero. Que mal puse que al saber que el 16 de la tarde me fui para el Helechal y los dejé solo sin imaginar lo que se nos avecinaba. Me enviaron para Varadero a restablecerme, pues allí estaban los Brigadistas Corado Benítez preparándose para la campaña, de hay regresé a Jiguaní para ver a la familia que estaban desesperado por verme.

Regreso a Playa Girón

A los 10 días regreso a Playa Girón para continuar la alfabetización ¿qué tristeza al ver la cabaña que viví con Patria, lloré de sentimiento, la pizarra ametrallada por una esquina, todo desolado, los campesinos apenas habían regresados a sus bohío? Allí encontré la tropa de Almegéira custodiando la playa y sus alrededores, el responsable de la alfabetización, Alberto del Sol me orienta el trabajo a realizar que tendré doble tarea; una era alfabetizar los campesinos de la playa y la otra de cuidar a Patria, su psiquiatra recomendó enviarla de nuevo a la playa para que se reestableciera. A los 7 días me la traen, vino con su padre, fue un recibimiento muy fuerte nos emocionamos mucho porque habían sucedidos muchas cosas en tan corto tiempo.

Antes de partir el padre me hizo jurarle que le cuidaría mucho a su hija y que cualquier situación se lo informara urgente; así quedó sellado mi juramento con aquel padre muy preocupado y yo una humilde jiguanicera sin ninguna experiencia de la vida.

Trabajamos intensamente, alfabetizando y realizando visitas sociales y de salud junto al médico militar teniente Ariel Soler Muños.

Una noche Patria se despierta dando grito, me levanto sorprendida y era un cangrejo que se enredó en la sábana y se la llevaba, corrimos tras de él hasta la playa y gracias a los militares de guardia que se la quitaron; desde ese momento le comenzaron las crisis y cada rato se movilizaban las tropas por culpa de nosotras, pues casi siempre le daban de

noche y apenas la podía controlar. Un día el médico me insulta acusándome de no atenderla, pues me quedaba dormida, el sueño me vencía, le daba la tableta y por la madrugada se despertaba y salía a desandar gritándole a los mercenarios, todos los días se agudizaba más la situación; hasta que una noche me despierto y no la encuentro, corro por todos lados le pregunto a los guardias, nadie la había visto, busco al médico y le digo: Patria se perdió ayúdeme ya no puedo más, si no aparece me muero, se movilizan los militares, me siento en la arena a llorar y de pronto recuerdo y llamo al médico; médico vamos para el rompe ola, allí fue donde los mercenarios la tiraron al mar, nadamos sin descanso ya yo no tenía fuerza, el médico llegó, primero, estaba flotando desmallada pero yo la veía muerta, grité con todas mis fuerzas pues me sentía culpable por haberme quedado dormida, el médico se da cuenta de mi estado y me dice: no llores que está viva ; ya venía un grupo de militares nadando para ayudarnos. Me dejaron tirada en la orilla; ahí me quedé no sé el tiempo; el médico vino a buscarme, le pregunto la hora; 3:00 am, me dice: recoge todo que nos vamos para el Hospital Militar de Santa Clara.

Allí estuve un mes con mi hermana y compañera Patria Silva Trujillo hasta que se restablece y su padre vino y se la llevó de nuevo para la Habana.

Voy de nuevo para Playa Girón, pero Alberto del Sol analiza que es mejor que me aleje de la playa pues aquel lugar me ponía nerviosa y me ubican en un cuartón cerca del Central Covadonga.

Cuartón Jocuma

Me ubicaron en la casa del campesino Pablo Arteaga, quien tenía nueve hijos, analfabetos todos. No me querían porque no tenían donde acomodarme; les dije que yo armaba la hamaca en cualquier esquina. A pura lucha del jefe me dejaron. Había dos camas de

ocuje: una para las cinco hembras, y la otra para el matrimonio; los varones dormían en una casita de vara en tierra donde ponían el carbón. No había asientos ni mesa, el fogón era dos piedras debajo de una mata, para bañarse y hacer las demás necesidades había que ir al monte. Me pregunté ¿qué hago?, ¿cómo empiezo?, ¿dónde doy clases?, y yo misma me respondí: “*esto es de PATRIA O MUERTE*”. Al llegar la hora del almuerzo no me querían dar porque sólo era jicotea hervida. Les dije que a mí eso me encantaba, y con tremendo esfuerzo comí algo. Ese fue mi almuerzo y comida por varios días. El desayuno era especial: palomas o cualquier tipo de pájaro que cazaban, los asábamos y después tomábamos un poco de agua salobre con azúcar. Yo tenía miedo de enfermarme porque quería terminar la campaña, pero parece que aquella alimentación me fortaleció el organismo. También comía pescado: un día me trajeron un manjuarí grandísimo _yo había recibido una conferencia del Doctor Núñez Jiménez donde nos dijo que el Manjuarí no se podía pescar porque estaba en extinción, y que solo existía en la Ciénaga de Zapata_, yo no me lo quería comer, pero estaba obligada a hacerlo y me lo comí todo. Me dije: “*¡Ay, perdóneme, Doctor, pero no puedo cumplir con sus orientaciones porque tengo mucha hambre.*”

Para dar las clases, como no teníamos mesa, busqué un par de piedras y las puse debajo de las matas. Tenía el horario de la mañana con las mujeres; por el mediodía con los varones, y por la noche con el viejo de la casa y todos los que podían incorporarse. A veces nos íbamos con el farol para el horno y allí daba clases también; todos tenían mucho interés en aprender.

Un día me pasó algo curioso. Inauguraron la carretera y me dieron la responsabilidad de poner a los campesinos a ambos lados de la misma para saludar a los constructores que venían en una guagua. Preparamos consignas y todo era alegría, pero cuando la guagua se acercó pitando y encendiendo las luces, no quedó ningún campesino, sólo los

alfabetizadores. Los responsables empezaron a llamarnos la atención por no haber cumplido y yo les expliqué que no teníamos culpa, pues los alumnos se fueron corriendo. Cuando llegué a la casa les pregunté por qué se habían ido y el viejo me dijo: *“mire, maestra, ese animal amarillo venía pa’ arriba de nosotros con los ojos llenos de candela y le cogimos miedo. Hacía pu, pu, pu. ¡Quién no le va a coger miedo a ese bicho! ¡Fíjese, maestra, que las patas me daban en las nalgas!*

Un día llevé a Florinda, una muchacha de 17 años, a la tienda del pueblo. Se había enterado de que habían llegado zapatos blancos. Ella los había visto y quería un par. Con los 30.00 pesos que me pagaron resolví el problema, pero cuando empiezo a probárselos no le servían porque los dedos eran como un abanico: tuve que ponerle un par de medias y así fue como le sirvieron. Para mi sorpresa, cuando llegamos a la casa amarró la caja con un yarey y los acomodó en el caballete. Todos los días los bajaba, los miraba y los volvía a subir. Nunca se los puso, pues temía que se le rompieran.

En casa de esta familia me querían como si fuera una hija, y con ellos aprendí muchas cosas del campo; por mi parte yo les enseñé a cocinar: hacíamos arroz con jicotea, la freíamos y le sacábamos la grasa, asábamos el pescado, freíamos majá, etc. Les enseñé canciones, poesías; se hacían cuentos. Qué humildad la de los cienagueros, y qué fe tan grande tenían en la Revolución y en Fidel. Por todo eso yo no descansaba de ayudar a esta familia para que viviera lo más cómodo y feliz posible.

Un día murió un anciano y para hacerle el ataúd tumbaron un árbol muy grande. Con una sierra de mano prepararon todas las tablas, yo les ayudé, pues ese día no se pudo dar clases por el velorio. No sé cómo se me ocurrió decirle al carpintero: “Compañero, ¿con estas tablas que sobran usted me puede hacer una mesa y algunos bancos?” Me pidió que le buscara clavos para hacérmela. Así fue como comencé organizando mi aula y aquel bohío se fue convirtiendo en una escuela. El carpintero me cogió tanto cariño que

me hizo el fogón, un estante para las vasijas y un palanganero. Entre todos hicimos una letrina, un lugar donde bañarse; se construyó la cocina. Llegó el momento en que para hacer algo contaban conmigo. Cuando ya todos habían aprendido a leer y a escribir, no querían hacer la carta a Fidel para que no me fuera. El día que me llamaron para apoyar a los alfabetizadores populares en Aguada de Pasajeros, se fueron de la casa y no me pude despedir de ninguno: lloré tanto que por la noche me dio fiebre.

Aguada de Pasajeros

A finales de octubre me trajeron para este pueblo y me albergaron en una escuela que prepararon para los maestros que iban de refuerzo, pues había problemas en esta localidad. Allí se trabajó intensamente, teníamos analfabetos en varias casas, yo daba clases mañana, tarde y noche, hasta que el 20 de diciembre se izó la bandera de Territorio Libre de Analfabetismo y el 21 por la noche partimos hacia La Habana.

La Plaza de la Revolución

El 22 de diciembre de 1961 nos reunimos todos los brigadistas con el Comandante en Jefe al frente. Ese día se declaró oficialmente “Cuba Territorio Libre de Analfabetismo”. Se izó la bandera y los brigadistas le coreamos al Comandante: “*Fidel, Fidel, dinos que otra cosa tenemos que hacer*” y él nos dijo: “*estudiar*”.

En el mes de enero de 1962, la Dirección Nacional de la Alfabetización se reunió con todos los brigadistas que estábamos en la Ciénaga de Zapata durante la invasión por Girón y que continuamos la Campaña (pues no todos regresamos a la Ciénaga). Se nos entregó el título de maestro primario y una beca para estudiar la carrera de Doctor en Pedagogía (que así se llamaba antes); pero, además, nos entregaron una planilla para que todo el que deseara ayudar a la Revolución fuera para las montañas como maestro

voluntario. No lo pensé mucho y llené la planilla. Me ubicaron en la Sierra Cristal, integrando la brigada de maestros "Frank País". Posteriormente fui trasladada hacia el Segundo Frente como Inspectora y luego como Subdirectora de esa Región, donde permanecí 5 años.

Me siento orgullosa de haber pertenecido a ese ejército de jóvenes que dieron un paso al frente para llevar a toda Cuba la luz de la verdad. Doy gracias a Fidel por haber hecho la revolución en la cual me tocó vivir, pues me formó como educadora, Revolucionaria y patriota. A 45 Años de la Gran Campaña de Alfabetización, continúo aportando mi granito de arena para que las nuevas generaciones conozcan y valoren el camino por el cual ha transitado esta Revolución.